

## «MIRA, MAMA, JESUS HA RESUCITADO»

David se fue a dormir con una sensación extraña, había sorprendido a sus padres en una conversación secreta: «Cuando se haya dormido el niño, nos vamos en silencio y hacemos la 'vela' del Cristo». David tenía cuatros años y era la primera vez que lo dejaban solo, ¿o no lo era?, por lo menos, era la primera vez que él se daba cuenta de ello. Tenía miedo, aquel día había vivido experiencias que no comprendía muy bien, como por ejemplo, cuando por delante de él, sentado en el adoquín de la calle, desfiló una imagen atada de manos a una columna y era azotada por dos hombres muy feos y malos, parecían de verdad, pero no se movían; «es nuestro señor Jesús que ha sido condenado injustamente por todos nosotros» le dijo su madre, «¿por mí también?» «No, mi niño tu eres un cielo». Detrás pasó la Virgen con un manto larguísimo, muy bonito, llorando, a los lados iban muchas mujeres, todas vestidas de rojo, con la cara tapada, se les notaba triste, andaban despacio, con un palo, que llevaba una luz en la mano; la gente se agolpaba en las aceras para verlos pasar.

Cuando acabó el desfile, sus padres le llevaron a cenar a casa.

En la cama, no podía dormirse, oyó la puerta y como se marchaban sus padres, el ir y venir de las gentes en la calle, los gritos y los correcales de otros niños y aunque se arropó hasta la cabeza no dejó de percibir ruidos, voces y hasta vio a Jesús llorando por los azotes de los hombres malos, la espalda y las muñecas le sangraban, pero el señor se mordió los labios y no gritaba, tenía que dolerle mucho que valiente debía ser, y se prometió no llorar cuando sus padres le regañasen por algo malo que hubiese hecho, tenía que ser tan valiente como Jesús, y esa noche tampoco tendría miedo, se repitió una y mil veces, «No tengo miedo y soy tan valiente como él».

«Tengo una idea, me levantaré y esperaré a que lleguen mis papás, viendo la tele».

David se puso la bata y se marchó al salón, estaba muy oscuro, sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo, por un instante pensó volverse a la cama y arrojarse la cabeza, pero se acordó de Jesús y como se aguantaba el dolor que producían los latigazos, esta idea le hizo seguir adelante, así pues, encendió la luz y puso la televisión, acercó una silla al receptor; en la pantalla, Jesús había recobrado la

vida, se movía penosamente arrastrando una pesada cruz, la gente se arremolinaba alrededor suyo, unos le decían cosas horribles, muchas mujeres vestidas de negro y con pañuelos en la cabeza, lloraban desconsoladamente, David empezó a llorar también, se restregaba los ojos con sus pequeñas manos; cuando un hombre levantó a Jesús del suelo y le quitó la cruz, saltó de alegría de la silla y aplaudió como un loco, dio vueltas y vueltas hasta el punto de marearse y caer al suelo, se quedó sentado en él con la cara apoyada en las manos y los codos en las rodillas, observó como fue llevado a las afueras de la ciudad, como le quitaban las ropas y tumbándolo en la cruz, le clavaron los pies y las manos a ella, luego con unas cuerdas le izaron y lo dejaron vertical, otros dos hombres, uno a la derecha, el otro a la izquierda estaban crucificados con él. De pronto empezó a soplar un viento fortísimo y el cielo se cubrió de nubes negras, se hizo de noche, la tremenda tormenta que se desencadenó le asustó mucho más, a rastras, huyendo, llegó a dar con la espalda en el sofá, se subió a él y se tumbó encogido, las lágrimas fluían en sus ojos y resbalaban por su cara, los respiros eran profundos y entrecortados; cuando en la pantalla se hizo de día, ya había dejado de llover y recogían a Jesús de la cruz.

David iba cerrando poco a poco los ojos y los abría violentamente al menor ruido, al final, al poco tiempo, se quedó dormido.

Así lo encontraron sus padres, cuando regresaron; su madre, lo cogió en brazos mientras le llenaba la cara a besos, él se le abrazó al cuello tan fuerte que llegó a hacerle daño: «Eh, me haces daño», David miró entonces la televisión y vio subir, como si volara lentamente a Jesús hacia el cielo.

«Mira mamá, ha resucitado» «Si, hijo, y esa palabra tan bonita, ¿Quién te la ha enseñado?» «El, me la ha enseñado hoy» «Y dime, que haces levantado a estas horas, tenías miedo, pillín» David se hace el interesante y altaneramente contesta con un no seco, ¿No? «No, sabes mamá, también Jesús me ha enseñado a ser valiente, un valiente no tiene miedo, cuando tengáis que marcharos no os preocupéis, ya soy un hombre, además, ya te lo he dicho, Jesús me ha enseñado a ser valiente».

Daimiel a 1 de Marzo de 1991

*Angel Arcis García-Muñoz*